

Lectura 2. Fothergill, Alice, “Desatendiendo el género en el trabajo con desastres: Una revisión a la literatura”, traducción al español de Emilia Reyes y Yuri Herzberg. Título original en inglés: “The neglect of gender in disaster work: an overview of the Literature”, in *The gendered terrain of disasters. Through Women’s Eyes*, Elaine Enarson y Betty Hearn Morrow (eds.), ed. IHC, Laboratory for Social and Behavioral Research, Miami, 2000, pp. 11-25.

A lo largo de las últimas cinco décadas, algunos sociólogos que han estudiado el desastre han hecho importantes y extensivas contribuciones a nuestro entendimiento del mundo social. El escenario del desastre es considerado un “laboratorio único” o un “sitio estratégico” en el que se aprende acerca de los fenómenos sociales, se examinan las relaciones sociales, y se revelan los problemas sociales, al “quitar el velo” que normalmente oscurece o disfraza muchas de las condiciones sociales (Barton 1970; Merton 1970). Los procesos sociales, según sostienen los sociólogos, son más visibles en los momentos de un desastre como si estuviesen comprimidos en un lapso de tiempo muy dramático, y dichos desastres rompen la acostumbrada forma de vida anterior al desastre (Fritz 1961). A pesar del reconocimiento de que las características “no-cotidianas” del desastre dan importantes puntos para la investigación, los estudiosos del desastre no arguyen que el proceso del desastre está separado de las estructuras sociales del “día a día”. De hecho, la noción fundamental del paradigma de los desastres es que los desastres son fenómenos inherentemente sociales y que estos se fundan en los sistemas y las estructuras sociales (Quarantelli 1994b). En otras palabras, los desastres son eventos sociales y políticos que se ligan a interrogantes como el quiénes somos, cómo vivimos, y cómo estructuramos y mantenemos nuestra sociedad.

Si bien aceptan dicho paradigma, a los estudiosos de los desastres les falta aún mucho terreno sociológico que cubrir. Quarantelli (1994b), uno de los sociólogos más prominentes en el campo del desastre, argumenta que los investigadores han aceptado que los desastres son fenómenos sociales y que tienen sus raíces en las estructuras sociales, pero no toman suficientemente en serio estas ideas, y a menudo fallan al no tomar en cuenta el amplio contexto social en sus investigaciones. El género es una dimensión fundamental de la estructura social que no ha sido suficientemente desarrollada por los estudiosos de los desastres, descuido que algunos cometían hace apenas una década (Nielsen 1984), pero que muchos no reconocieron sino hasta hace muy poco. Aunque algunos estudios incluían el género como una variable demográfica, sólo daban información básica de “diferencias” de género, sin enlazarlas en una explicación completa ni analizar las experiencias de las mujeres o las perspectivas en un desastre. Sin embargo, en los últimos años ha surgido una intensa discusión sobre la importancia del género para la investigación de los desastres, y ha colocado el escenario para una agenda muy interesante de investigación en donde se colocará a las mujeres como el centro de la investigación.

Para emprender este esfuerzo es necesario evaluar la actual base de conocimiento de género y desastres. Al entender la investigación que se ha llevado hasta ahora, podemos aprender de la literatura existente, continuarla y desafiarla. Este capítulo presenta una perspectiva general sobre esa literatura, que proveerá a los investigadores una comprensión sobre dónde nos encontramos ahora y a dónde necesitamos ir. Específicamente este capítulo I compila, sintetiza y reseña más de 100 estudios previos que señalan los problemas de género en los desastres. Para organizar los hallazgos, he concebido una

tipología de nueve fases basada en las fases de un evento de desastre. He ampliado la tipología tradicional de desastre, que utiliza las categorías de preparación, respuesta, recuperación y mitigación (Drabek 1986), para descubrir y examinar más a detalle aspectos sociales en los procesos de desastre. Esta nueva tipología utiliza las siguientes categorías: (1) exposición al riesgo; (2) percepción del riesgo; (3) comportamiento de preparación; (4) alertamiento y respuesta; (5) impactos físicos; (6) impactos psicológicos; (7) respuesta a la emergencia; (8) recuperación; y (9) reconstrucción. Estas categorías en la tipología no son mutuamente excluyentes, y reconozco que en algunos casos pueden sobreponerse de una fase a la otra.

Los datos de esta reseña provienen de una gran variedad de fuentes: muchos resultados se obtuvieron de amplios estudios cuantitativos, mientras que otra información proviene de investigación cualitativa y de informes de servicios sociales. Pretendo ser tan exhaustiva como me sea posible, recopilando todo lo que se haya hecho acerca del género, desde aquellos estudios que abordan el género como una simple característica medible estadísticamente, hasta aquellos trabajos recientes que ponen el género como un concepto fundamental situado en el centro del análisis. En mi presentación de los hallazgos doy igual peso a ambos tipos de resultados, lo cual puede ser un tanto problemático, debido a las diferentes fuerzas y debilidades metodológicas. Pese a esto, al compilar todo lo que sabemos sobre género, tanto los estudios que tratan el género como una categoría cuantitativa como aquellos que lo tratan como un concepto central de análisis, el proceso nos revelará patrones y nos permitirá evaluar todo el rango de los datos. No obstante, al presentar al género en sí mismo, no estoy dando a entender que este opera de forma separada de las dimensiones de raza, etnia y clase. De hecho, la teoría feminista ha documentado cómo la raza, la clase y el género son sistemas interactivos de opresión y tienen una interrelación profunda y compleja (Spelman 1988; Collins 1990). La reseña de la literatura, al estar enfocada exclusivamente en el género, también da cierta luz sobre cómo su interacción de raza, clase y género contribuyen a las experiencias de desastre de las mujeres. Desafortunadamente me encuentro limitada por los datos existentes, la mayoría de los cuales divide a la gente en categorías como “negro” o “blanco”, “bajo ingreso” o “alto ingreso”, “femenino” o “masculino”. Con tales categorías es imposible discernir, por ejemplo, la experiencia de una mujer negra. De este modo, si bien puedo llegar a esbozar ciertas relaciones entre raza, clase y género, me veo restringida por la investigación original de los autores, cuya mayoría no estableció tales intersecciones.

Esta reseña se enfoca prominentemente en estudios que se hicieron en poblaciones de Estados Unidos y otras naciones industrializadas, pero también incluyo investigación realizada en países en desarrollo. En términos de tipos de desastre, me interesan sobre todo los riesgos y desastres geofísicos, como inundaciones, terremotos, tornados y huracanes. En la misma línea que muchos estudiosos de los desastres, no incluyo la guerra, ataques terroristas, rehenes o motines, en mi análisis del desastre (Mileto et al. 1975). También incluyo hambruna y la sequía pero sólo de forma tangencial, tal como a menudo los estudiosos de los desastres hacen la distinción entre estos eventos difusos y las crisis inmediatas (Quarantelli 1994b). Como sea, incluyo información de varios estudios sobre desastres tecnológicos, cuando éstos sean relevantes. En la siguiente sección, presento los hallazgos de la investigación para cada etapa del proceso del desastre, dando explicaciones para las diferencias de género sólo cuando sean provistas por el autor original. En la

sección final, discuto los resultados de la reseña y algunas limitaciones de los datos, asimismo, sugiero algunas recomendaciones para futuras investigaciones.

Hallazgos de Investigaciones

Exposición al riesgo

La investigación sobre las mujeres y su exposición a varios tipos de riesgos se desarrolla en los siguientes párrafos de esta sección, y muestra que el género influye en la vulnerabilidad a los desastres y en la exposición al riesgo. Los investigadores sostienen que la alta exposición de las mujeres es el resultado de su clase social, sus roles de cuidadoras y su relativa falta de poder y estatus.

La gente pobre enfrenta una mayor exposición y un mayor riesgo al peligro por factores tales como los materiales de construcción, la ubicación de sus hogares y el acceso a la información (véase por ejemplo: Bolin 1986; Comerio et al. 1994), y las mujeres viven en una situación desproporcionada de mayor pobreza. De acuerdo con el reporte de las Naciones Unidas (1995), de los 1.3 miles de millones de gente en el mundo que vive en la pobreza, el 70% son mujeres. De hecho, son tantas las mujeres pobres que se ha referido al fenómeno como “la feminización de la pobreza”. Las mujeres que son cabezas de familia son particularmente vulnerables a la pobreza, así como las que son parte de minorías étnicas o raciales. De este modo, las mujeres en situación de pobreza, especialmente mujeres de color pobres, pueden estar más expuestas a riesgo de desastres. Durante el huracán Andrew en Florida, por ejemplo, mujeres pobres pertenecientes a grupos minoritarios, eran quienes se encontraban bajo mayor riesgo ante la tormenta debido a que carecían de estatus, de poder y de recursos (Morrow y Enarson 1996).

El rol de las mujeres como cuidadoras primarias de la familia contribuye a la exposición a los desastres. En Estados Unidos, la gran mayoría de los hogares monoparentales son llevados por mujeres (U.S. Departamento de Censo 1994). Así, las responsabilidades de cuidado y atención de las mujeres son muy grandes. Aun en hogares con ambos padres presentes, la mujer, independientemente del estatus de su trabajo remunerado, tiene la casi total responsabilidad de la esfera doméstica, incluida las obligaciones del cuidado de los niños (Hochschild 1989). Varios estudios revelan que las mujeres, como resultado de su rol de cuidadoras, están en mayor riesgo en muchas situaciones de desastre, ya que deben quedarse, asistir, proteger y alimentar a los miembros de la familia (Rivers 1982, Miyano et al. 1991; Millican 1993).

En países en desarrollo, las mujeres enfrentan una mayor vulnerabilidad que los hombres (Noel 1990; Wiest et al. 1994; Chowdhury et al. 1993; International Federation of Red Cross and Red Crescent Societies 1991). Las responsabilidades como cuidadoras, la falta de movilidad y el aislamiento social contribuyen a la exposición a los riesgos y a la vulnerabilidad de las mujeres (Gray 1993; Liga de la Cruz Roja y Red Crescent Societies 1991).

Percepción del riesgo

Esta sección presenta investigaciones sobre las diferencias de género en la percepción de amenazas de peligro. La literatura demuestra que las mujeres perciben los eventos de desastre o las amenazas como más serios o peligrosos que los hombres, especialmente si su familia se ve amenazada. El registro específico de la investigación sobre lo que se basa esta aseveración, aún continúa.

Varios estudios de riesgos específicos que enfrentan las comunidades ilustran que las mujeres son más susceptibles de percibir un evento de desastre o una amenaza como algo grave o serio. El estudio de Szalay et al. (1986) encontró que cuando había un alto grado de acuerdo entre hombres y mujeres en la percepción de algún peligro específico, las mujeres mostraban mayor preocupación por el peligro, el sufrimiento humano y la pérdida de sus vidas, mientras que los hombres estaban más preocupados por saber los aspectos específicos y técnicos de las medidas de protección. En el monte Santa Helena, las mujeres estaban más preocupadas sobre la montaña que los hombres, valoraban la amenaza como mayor y sentían que la ceniza era incontrolable (Leik et al. 1982). Las mujeres reportan mayores niveles de miedo y preocupación en terremotos y son más susceptibles de creer que los científicos pueden predecirlos con exactitud, pero los hombres tienen mayor conciencia ante la amenaza (Turner et al. 1986). Palm (1995) encontró que los hombres blancos eran los menos preocupados por el riesgo que corrían sus hogares en terremotos.

La literatura muestra que las mujeres más que los hombres también perciben los riesgos provocados por el ser humano como más graves. A las mujeres les preocupan, más que los hombres, los químicos en el medio ambiente (Howe 1990), el poder nuclear y los pesticidas (Cutre et al. 1992), así como comida radiada, especialmente en relación con el consumo familiar (Bord y O'Connor 1990). En un estudio sobre la percepción del peligro, no se dieron diferencias significativas entre las mujeres blancas, los hombres no-blancos, y mujeres no-blancas. Los hombres blancos se mostraron como los menos preocupados por los peligros, quizás por su posición de poder, conocimiento y privilegio, y por los beneficios que reciben de las tecnologías riesgosas (Harvard Center for Risk Analysis 1996). Greenberg y Shneider (1995) reportaron que hay mayor preocupación femenina que masculina sobre los peligros en los "buenos" vecindarios, pero esto no sucede en aquellos vecindarios que enfrentan múltiples riesgos como el crimen o zonas de desperdicios peligrosos. Flynn et al. (1994) encontraron que en relación con los riesgos para la salud ambiental, las mujeres blancas percibieron mayores los riesgos que los hombres blancos, pero esta diferencia no aplicó a los hombres y mujeres no-blancos. Los hombres blancos fueron asombrosamente diferentes a los otros en este estudio, en tanto que percibían todos los riesgos como mucho menores y más aceptables. Los autores conjeturan que las mujeres y las personas de color perciben mayores los riesgos debido a su relativa falta de control y de poder en la sociedad, mientras que los hombres blancos tienen una sensación menor de los riesgos debido a que ellos crean, manejan y controlan gran parte del mundo.

Comportamiento de preparación

La preparación es la etapa del desastre que incluye cualquier esfuerzo de preparación antes del desastre y muchas acciones de mitigación. La literatura sobre género y preparación es mínima, pero los datos disponibles muestran que las mujeres y los hombres llevan a cabo diferentes actividades de preparación y que las mujeres están mucho más ausentes en las organizaciones formales para la preparación ante las emergencias.

Las investigaciones sobre las diferencias de género en la preparación dentro del hogar son variadas. En un estudio sobre la preparación para terremotos no hubo diferencias de género, aunque las mujeres presentaron mayor discusión sobre temas referentes a terremotos (Turner et al. 1986). Los hombres ponen mayor atención que las mujeres a los aspectos técnicos de las medidas de protección (Szalay et al. 1986). En una encuesta entre alumnos de licenciatura, no hubo diferencias de género en la preparación para los terremotos para aquéllos que vivían lejos de casa, y sin embargo, los hombres estaban significativamente más preparados que las mujeres en el caso de los que vivían en casa (Mulilis et al. 1996). Los autores señalan que esta diferencia puede ser el resultado de las creencias estereotipadas de los padres en cuanto al género, y que influyen en los estudiantes que viven en casa. Para la preparación a los tornados, los estudiantes de licenciatura varones estaban significativamente más preparados que las mujeres, y los hombres sentían que la preparación era una tarea menos difícil que las mujeres (Mulilis y Dewhirst 1996). Los autores notan que poner todas las actividades de preparación dentro de un mismo rubro es problemático, ya que no aclara si hombres o mujeres llevan a cabo diferentes tareas de preparación. En una encuesta entre residentes en la costa con riesgo de huracanes, era más frecuente que fueran los hombres quienes hubieran hecho mayores arreglos en sus casas que las mujeres. Sin embargo, más mujeres que hombres pensaban que los constructores locales debían seguir las normas de construcción y que se necesitaban normas más estrictas. Asimismo, las mujeres estaban más dispuestas a gastar más dinero en una casa resistente a los vientos huracanados que los hombres (Insurance Institute for Property Loss Reduction 1994). Durante el huracán Andrew, las mujeres fueron las responsables de preparar a los miembros de sus familias, juntar provisiones, y mantener los hogares listos para la tormenta. Si los hombres estaban presentes, ellos eran responsables de las áreas exteriores de las casas (Morrow y Enarson 1996). Leik et al. (1982) encontraron que más mujeres que hombres trataron de obtener información adicional sobre el riesgo del monte Santa Helena y cómo proteger sus casas.

Hay pocos datos sobre los roles de las mujeres para la preparación a escala comunitaria. Un estudio sobre el involucramiento comunitario refiere que es un poco más probable que las mujeres se ofrezcan como voluntarias y que estén dispuestas a recibir entrenamiento para los programas sobre el manejo de las emergencias en sus comunidades (Nehnevajsa 1989). Otro estudio encontró que son más mujeres que hombres fungiendo como líderes y miembros de “grupos ciudadanos emergentes”, organizaciones base que trabajan en cuestiones de desastres comunitarios (Neal y Phillips 1990). Las mujeres se vuelven muy activas en estos grupos a través de las redes de amigas y debido a que los desastres representan una amenaza a sus hogares y a la comunidad; de este modo el que las mujeres sean miembros es visto como una extensión de su rol doméstico y responsabilidad tradicionales. Sin embargo, los grupos dominantes de mujeres no siempre son percibidos como legítimos; los funcionarios externos a menudo perciben a la mujer como “amas de casa histéricas” y trivializan su trabajo en los desastres.

En organizaciones para la planeación de las emergencias más grandes y más formales, las mujeres están menos representadas. Están marcadamente ausentes de las posiciones de toma de decisiones, de los roles de liderazgo, y de los niveles más altos del área de manejo de emergencias (Dann y Wilson 1993; William 1994; Morrow y Enarson 1996). Phillips (1990) señala que las mujeres en este campo pueden enfrentar muchos obstáculos, como las organizaciones masculinas muy cerradas, y que los estereotipos de género pueden dañar a las organizaciones para las emergencias. En Australia, de todas las personas entrenadas para el manejo de emergencias en 1994, en el Instituto Australiano para el Manejo de Emergencias, sólo el 5% eran mujeres (Wraith 1997).

Las mujeres también están excluidas de la planeación para emergencias y de las decisiones para la preparación en los países en desarrollo (Noel 1990; League of Red Cross and Red Crescent Societies 1991; Wiest et al. 1994). En Bangladesh, por ejemplo, las mujeres rurales raramente son incluidas en la planeación para la prevención de desastres, inclusión que mejoraría el bienestar económico de las mujeres después de las inundaciones (Khondker 1996).

Alertamiento y respuesta

La fase de alertamiento y respuesta incluye tanto la recepción como las acciones inmediatas en respuesta al alertamiento del desastre, como las sirenas de tornado o las alarmas de emergencia por la radio. El género es una variable importante en esta fase. El material ilustra que es más probable que las mujeres que reciban alertamiento sobre los riesgos, debido a sus redes sociales, y que respondan con acciones de protección, como la evacuación.

La investigación sobre el alertamiento del riesgo concluye que los hombres y las mujeres no escuchan, creen o personalizan las alertas de desastres de la misma forma. Debido a sus redes sociales y a sus roles, es más probable que las mujeres escuchen las alertas que los hombres (Turner et al. 1979; Turner et al. 1981). Es más probable que las mujeres escuchen de las alertas por las advertencias de amigas, vecinas o parientes, y posteriormente dan la advertencia a sus esposos. Sin embargo, sus esposos son escépticos a las advertencias de las amigas de sus esposas (Drabek 1969). Las mujeres suelen creer más el alertamiento de desastre y a tomarlo en serio (Drabek 1969; Turner et al. 1981). También suelen percibir la probabilidad de la recurrencia de un desastre (de Man y Simpson-Husiey 1987). Más aun, las mujeres suelen interpretar más que los hombres como válidas las señales de alerta, aceptarlas (Drabek 1969), y personalizar la alerta (Hodge et al. 1981).

En la mayoría de las situaciones de desastre, las mujeres responden a la alerta más que los hombres. Existe un estudio que documenta que las mujeres son más propensas a protegerse, tanto en casa como en el trabajo (Goltz et al. 1992), pero la mayor parte de la literatura habla del comportamiento de evacuación. Las mujeres son más propensas que los hombres a querer evacuar (Drabek 1969). En la inundación de Denver de 1965, las mujeres consultaban más con sus vecinos, amigas y parientes la decisión de evacuación, una acción que ayudó a apresurar a la evacuación (Darbek y Boggs 1968). Las mujeres no evacuarán sus casas sin sus familias en una emergencia (Drabek 1969; Millican 1963); de cualquier

forma, y si tienen a sus hijos y la seguridad de que su esposo sabe el destino de su familia, ellas podrán evacuar (Millican 1993). Se encontró que si los hombres están en casa, aceptaban reacios, a evacuar, para “callarla” o “mantener la paz” en la familia (Drabek 1969). Antes de la erupción del monte Santa Helena, había más mujeres que hombres que querían abandonar el área, pese a que las preferencias de los hombres tenían mayor influencia en las decisiones de la familia (Leik et al. 1982). Durante el huracán Frederic, era un poco más probable que las mujeres estuvieran dispuestas a evacuar (Beady y Bollin 1986), y durante el huracán Camille de 1969 la mayoría de las personas que se quedaron en el área fueron hombres (Wilkinson y Ross 1970). En la inundación de 1965 en Denver si algún miembro de la familia se quedaba atrás era el padre, y en algunos casos, también el hijo mayor. Frecuentemente se quedaban por temor a los saqueadores (Drabek 1969).

Impactos físicos

La fase de impactos físicos en el ciclo del desastre señala las consecuencias inmediatas del evento, enfatizando especialmente las tasas de mortalidad, morbilidad y de heridos. Los limitados datos sobre la relativamente baja tasa de mortandad en Estados Unidos no son concluyentes. Varios estudios recientes también muestran un aumento en la violencia doméstica en tiempos de desastre. Las mujeres en países en desarrollo son más propensas a morir en desastres, debido a las prácticas de discriminación, la ubicación de las mujeres en el desastre, y las responsabilidades del cuidado de los niños.

Las variaciones de género en las tasas de mortalidad y morbilidad varían por el tipo y la ubicación del desastre. En 1994 el doble de hombres que de mujeres murieron en eventos relacionados con el clima, tales como inundaciones súbitas, tormentas de nieve, tormentas eléctricas y rayos (U.S. Department of Commerce 1995). En cuanto a los rayos un estudio anterior coincidió; Coates et al. (1993) encontraron que los hombres eran más propensos a morir a causa de un rayo debido a que participan en más trabajos y actividades de ocio en exteriores. Las estadísticas gubernamentales también señalan la importancia de la ubicación; la mayor parte de las muertes en 1994 ocurrieron afuera de los hogares, en vehículos y en el exterior (Departamento de Comercio de EU 1995). Las investigaciones sobre las muertes provocadas por tornados y la morbilidad son variadas. Varios estudios muestran que las mujeres, especialmente las de adultas mayores, son más propensas a morir en tornados (Glass et al. 1980; Schmidlin 1993); otros encuentran que son los hombres los que mueren más a menudo en tornados (Beelman 1967; Topp y Sauve 1988). Otro estudio reporta que no hay relación entre el género, la muerte y los daños en los tornados, aunque también está de acuerdo en que el estar en el exterior es un factor significativo de riesgo muerte o de heridas (Carter et al. 1989). En 1946 murieron más mujeres que hombres en el terremoto y el tsunami de Nankai en Japón (Miyano et al. 1991). Los investigadores sostienen que al estar más activas en proteger a los niños y a las y los adultos mayores, las mujeres estuvieron más expuestas a la muerte. Dos terremotos en Rusia también tuvieron significativamente una mayor mortalidad femenina a causa de la responsabilidad de las mujeres sobre los niños (Rivers 1982). Pese a que estos estudios no lo dicen de manera explícita, al parecer el cuidado de los niños quizás requiera permanecer dentro de los edificios, que son particularmente peligrosos en un terremoto; paradójicamente, permanecer en interiores podría ser más seguro en algunos desastres relacionados con el clima.

Los impactos físicos negativos de los desastres en las mujeres, de acuerdo con muchos estudios y reportes recientes, incluyen la violencia familiar. Las investigaciones reportan que las tasas de violencia contra las mujeres, especialmente el abuso del cónyuge, se incrementan en tiempos de desastre (Honeycombe 1994; Dobson 1994; Palinkas et al. 1994; Williams 1994; Morrow y Enarson 1996). Shaw et al. (1995) reportan un incremento en los casos de divorcio y en el abuso infantil después del huracán Andrew. Otros estudios encuentran un incremento en el abuso infantil y la violencia doméstica reportado en algunas comunidades, mientras que en otras se mantuvo constante (Curtis 1995; Wilson et al. 1996).

Las mujeres también sufren impactos más severos que los hombres en los países en desarrollo. En un terremoto en India, murieron más mujeres y niños. Las mujeres más afectadas tenían entre 25 y 59 años (Parasuraman 1995). En este desastre, los hombres habían salido del pueblo por causas de trabajo y de estudio cuando se presentó el terremoto. En un terremoto en Guatemala, hubo mayor cantidad de mujeres heridas que de hombres (Glass et al. 1977), y en uno en El Cairo, Egipto, hubo más mujeres muertas o heridas que hombres (Malilay et al. 1995). En el ciclón de Bangladesh de 1991, murió 42% más de mujeres que de hombres (Chowdhury et al. 1993). Se han dado muchas explicaciones a la elevada mortalidad femenina: muchas mujeres murieron con sus hijos en casa, pues los que tienen el poder de decisión son los maridos y no se atrevieron a irse sin el permiso de sus esposos (Haider et al. 1991); las mujeres son responsables de las propiedades de la familia y tuvieron miedo a ser culpadas o castigadas si ocurría algo en su ausencia (Begum 1993); las mujeres murieron por sus vestidos, el sari, que les limitaba su capacidad de movimiento (Haider et al. 1991; Chowdhury et al. 1993), y a causa del aislamiento social las mujeres no tenían acceso a información sobre cómo reducir los riesgos (Ikeda 1995). Haider et al. (1991) relatan la historia en la que durante un desastre, un hombre, padre de un hijo y de una hija, al no poder sujetar a ambos, terminó soltando a su hija, reconociendo haberlo hecho porque su hijo tenía que continuar la línea familiar.

Impactos psicológicos

Los impactos de un desastre también pueden producir angustia y trauma emocional. Esta sección evalúa la literatura sobre la naturaleza de género en los impactos psicológicos de los desastres, tanto inmediatos como a largo plazo. El trabajo en esta área es amplio en comparación con las otras secciones de la tipología, y mientras los hallazgos son variados, la mayoría de los estudios muestran que las mujeres y las niñas muestran mayores problemas emocionales, en tanto que los hombres son más propensos a aumentar su consumo de alcohol en épocas de desastre.

Muchos investigadores encuentran que las mujeres expresan más problemas de salud mental a causa de un desastre, desde angustia hasta estrés, depresión y síntomas de Desorden Postraumático de Estrés (DPE), y ansiedad. Las mujeres expresaron cantidades mayores de estrés que los hombres en el terremoto de Loma Prieta (Anderson y Manuel 1994) y en respuesta a una predicción de tornado (de Man y Simpson-Housley 1987). Las mujeres comunicaron mayores síntomas DPE que los hombres en el colapso de Buffalo Creek (Green et al. 1991), y después del terremoto de Armenia (Goenjian et al. 1995). Durante el huracán Hugo, las niñas, especialmente las afro-americanas, se vieron más

afectadas emocionalmente, mientras que los niños experimentaron algunos problemas de comportamiento, como déficit de atención (Shannon et al. 1994). Otros estudios encontraron que las jóvenes adolescentes comunicaban síntomas de DPE un tanto mayores que los adolescentes varones (Garrison et al. 1993; Hardin et al. 1994), durante el huracán Hugo y durante el Huracán Andrew (Garrison et al. 1995).

Otra investigación ha tenido resultados variados. Varios estudios apuntan que los hombres experimentan mayores detrimentos en su bienestar mental y físico (Logue et al. 1979; Logue et al. 1981; Phifer 1990), y tienen mayores índices de depresión y consumo de alcohol (Millar et al. 1981; Solomon et al. 1987). Un estudio ilustra que tanto hombres como mujeres experimentan ansiedad aguda cuando están separados de sus familias en periodos de crisis o de desastre (Fritz y Marks 1954). Después de las inundaciones de 1993 del Medio Oeste, no hubo diferencias de género en los síntomas de estrés (Tobin y Ollenburger 1996). La reseña de los escritos de Green (1993) encontró resultados variados; algunos estudios demostraron que las mujeres sufrían de mayor depresión y ansiedad, mientras que los hombres mostraron mayor beligerancia y abuso de alcohol. En cuanto a los niños, las niñas tuvieron mayores DPE, mientras que los niños tuvieron más problemas de comportamiento o desórdenes del sueño.

Parte de la literatura apunta a que las cargas que implica el cuidado del hogar contribuyen al estrés, fatiga, y sobre todo menguan el bienestar físico y emocional durante los desastres. Las mujeres sufren a menudo agotamiento físico y emocional en los periodos postraumáticos (Cook 1993) y las mujeres en el rol tradicional de amas de casa y cuidadoras se encuentran en mayor riesgo de perder el “sentido de sí misma” después de un desastre, pues ellas siempre anteponen las necesidades de sus familias a las propias (Honeycombe 1994). Los roles de cuidado de las mujeres se incrementan dramáticamente después del desastre (Morrow y Enarson 1996), y las demandas sobre las mujeres son una “versión extrema” de sus obligaciones previas al desastre (Dobson 1994).

Respuesta a la Emergencia

El periodo de respuesta a la emergencia es el momento inmediato después del desastre, que incluye típicamente las primeras horas o días, quizás hasta una semana, dependiendo del evento. El género resulta ser significativo para la comprensión del comportamiento de respuesta, especialmente con relación a la división del trabajo en las acciones de respuesta, y la inclusión en los grupos de respuesta a la emergencia.

La mayoría de los estudios sobre el periodo de respuesta a la emergencia ubica el comportamiento de ayuda en la esfera pública. Aunque existe un estudio que muestra que el género no es una variable significativa en la respuesta a la emergencia (O'Brien y Mileto 1992), muchos estudios encuentran que las respuestas de las mujeres y de los hombres a los desastres siguen las líneas tradicionales del género y que éste afecta la división de las labores (Form y Nosow 1958; Hill y Hansen 1962; Paulsen 1981; Drabek y Key 1984; Neal y Phillips 1990; Goltz et al. 1992; Wenger y James 1994). Las tareas están determinadas por el proceso de la continuidad de los roles, por lo que las mujeres son responsables del cuidado de los niños, de la preparación de comida, y apoyo, mientras que los hombres están en posiciones de liderazgo y realizan trabajos que requieren mayor fuerza física (Forrest

1978). Los hombres son más propensos que las mujeres a ofrecerse como voluntarios y a participar en ciertos trabajos de respuesta, como búsqueda y rescate (Fritz y Marks 1954; Form y Nosow 1958; Werner y James 1994), mientras que las mujeres son más propensas a ayudar con provisiones (Werner y James 1994). Otros encuentran que las mujeres están más propensas que los hombres a recibir ayuda de extraños y vecinos (Paulsen 1981; Perry et al. 1983). Barton (1970) dice que los hombres con hijos ayudan más fuera de casa que aquellos que no los tienen, mientras que las mujeres con hijos son las menos activas en ayudar a gente ajena a sus familias. Form y Nosow (1958) reportan que los hombres son más propensos a ayudar a aquellas personas que no conocen personalmente, mientras que las mujeres de entre 25 y 44 años tienen “menor orientación hacia los otros” en sus actividades de ayuda y, durante el periodo de respuesta, son más propensas a tener “comportamientos disfuncionales”, como llorar o mostrar estados de shock. Las “disfuncionales” muestran mayor preocupación por sus familias, vecinos y amigos, que las “no-disfuncionales” (p. 89). Algunos encontraron que los aspectos más públicos de la limpieza son “asuntos de hombres” (Dobson 1994). Después de un terremoto, los roles masculinos incluyen la ayuda en los “asuntos problemáticos” de la comunidad, cerrando los suministros de gas, y tomando lo que ellos vieron como los roles más “activos (Dull 1994). Dann y Wilson (1993) relatan que los hombres están involucrados en “proyectos de ciudad más visibles” y reciben mucho más reconocimiento y la atención de los medios de comunicación por su trabajo.

Frecuentemente las mujeres trabajan en la esfera privada durante la fase de respuesta. Después de un tornado, las mujeres preparan comida, lavan trastes y limpian casas (Drabek y Key 1984). A menudo hacen en casa las “labores de limpieza no anunciadas”, barriendo vidrios y haciendo reparaciones menores, pero el trabajo que no es visible no recibe atención de los medios de comunicación, y se queda sin ningún reconocimiento (Dull 1994; Dobson 1994). Después de un tsunami, las mujeres limpiaban sus casas, mientras que los hombres realizaban un “inventario general de la ciudad” (Davis 1986). Las mujeres toman las responsabilidades tanto del mantenimiento de las casas como del cuidado de los niños después del desastre (Millican 1993). Marks et al. (1954) encuentran que mientras los hombres tocan a cargo el trabajo de búsqueda y rescate, las mujeres ven por los niños. Algunos estudios dan crédito a las mujeres por mantener a sus familias unidas (Dann y Wilson 1993; Morrow y Enarson 1996). Después de una inundación, un investigador observó que las mujeres tienen una “tarea nada envidiable; los hombres construyen los caminos, los pueblos y las casas, pero la tarea de reunir las vidas se vuelve el rol de las mujeres” (Cook 1993). Aunado a ello, las mujeres, como encargadas de la familia, coordinan muchas tareas, como la prescripción médica, la comida, la lavandería, y el baño durante el periodo de respuesta al desastre (Millican 1995).

Se argumenta que las mujeres sirven una función positiva para emergencias, mencionando su gran compasión y sensibilidad a las víctimas. Las víctimas femeninas, cuando necesitan apoyo más sensible, han descubierto que es mejor buscarlo en otras mujeres (League of Red Cross y Red Crescent Societies 1991; Williams 1994). Una encuesta entre estudiantes de licenciatura de Canadá mostró que las mujeres expresaban mayor compasión y recomendaban mayor ayuda financiera para las víctimas de los desastres (Russell y Mentzel 1990). Phillips (1990:90) encontró que las mujeres son más “sensibles a las necesidades de

las víctimas y de los trabajadores, y saben cuándo decir una palabra de aliento o de apoyo”, y “la presencia femenina introdujo mayor civilidad y un ambiente de apoyo emocional”.

Los estudios de países en desarrollo encuentran que las habilidades de las mujeres son poco utilizadas en la respuesta a los desastres. Noel (1990) dice que las habilidades tecnológicas y de manejo que las mujeres usan para administrar sus casas y sus familias pueden ser utilizadas en el manejo de los desastres y tal contribución puede ser de gran ayuda a los esfuerzos de respuesta de la comunidad. En Bangladesh, las mujeres rurales pobres no estaban involucradas en la toma de decisiones para la respuesta al desastre, y tuvieron que arreglárselas solas después de la inundación, quedando igualmente vulnerables para el siguiente desastre (Khondker 1996). Un socorrista, en 1991, justo después del ciclón en Bangladesh, encontró que las provisiones no fueron distribuidas equitativamente, y concluyó que las mujeres son más vulnerables tanto durante como después del evento, debido a su estatus social. Además, los esfuerzos de las mujeres socorristas se vieron obstaculizados por la discriminación de género, debido a que los hombres en puestos de poder no les confiaban a las mujeres los trabajos de respuesta (Begur 1993).

Recuperación

La fase de recuperación, que es típicamente el año siguiente después del desastre, es generalmente cuando la vida vuelve a su nivel de operatividad y normalidad o a un nivel mejorado. La literatura disponible señala aspectos de asistencia humanitaria, reubicación familiar y las relaciones. Muchos estudios demuestran que las mujeres son más propensas a buscar asistencia para sus familias, debido a que los hombres ven la asistencia como un estigma, y que las mujeres pobres enfrentan mayores obstáculos en la recuperación.

Varias diferencias de género surgen en torno a la asistencia humanitaria y la reubicación familiar después del desastre. Las mujeres son más propensas que los hombres a recibir ayuda de los miembros de la familia (Drabek et al. 1975), además de cobrar el dinero para la emergencia y de buscar asistencia pública para su familia (Honeycombe 1994; Williams 1994; Morrow y Enarson 1996). Muchos hombres ven la ayuda financiera como un estigma y sienten que los pagos de emergencia ponen en entredicho su rol como proveedores. (Honeycombe 1994). De cualquier forma, en el huracán Andrew, algunos hombres cobraron la ayuda para su familia inmediatamente después del desastre, pero no siempre emplearon el dinero en la recuperación de sus familias. Además, muchos de los programas de recuperación, que basan su asistencia en el modelo de la familia nuclear y en las políticas de “cabeza de familia”, no funcionan bien para muchas mujeres pobres. Finalmente, la investigación sobre el huracán Andrew, también muestra que la responsabilidad de la reubicación temporal, de un a lugar a otro, de la unidad familiar recae mayormente en las mujeres (Morrow y Enarson 1996).

La cuestión de la violencia doméstica también es relevante en la etapa de recuperación. Dos meses después del huracán Andrew se encontró que la violencia familiar se había incrementado; una línea de apoyo telefónico para reportar abusos sexuales por parte del esposo mostró un incremento del 50% en las llamadas pidiendo ayuda (Morrow 1997). De cualquier forma, hay evidencia de que las mujeres están dispuestas a dejar a sus compañeros por violencia o falta de apoyo después del desastre. Después de las

inundaciones en Bretaña, las mujeres tuvieron una imagen más positiva de ellas mismas cuando mostraron capacidad de recuperación al enfrentar el desastre, y como resultado, encontraron la fuerza para separarse de sus compañeros y esposos que no las apoyaban (Fordham y Ketteridge, Capítulo 6, de este volumen). Después del huracán Andrew, algunas mujeres utilizaron el dinero de la asistencia para el desastre para terminar con relaciones abusivas (Morrow 1997).

En los países en desarrollo el género es también un factor en el periodo de recuperación. Las mujeres enfrentan discriminación, abuso y fatiga, reciben menor atención médica, comida y protección física, y tienen menos recursos y derechos que los hombres (Rivers 1982; Schroeder 1987; League of Red Cross and Red Crescent Societies 1991; Wiest et al. 1994; Gray 1993). Esta discriminación lleva a mayores niveles de desnutrición y muerte entre las niñas, pese a que éstas tienen mayores ventajas fisiológicas que los niños (Rivers 1982). Khondker (1996), en un estudio sobre mujeres e inundaciones en Bangladesh, argumenta que mientras los impactos en las clases sociales pueden resultar obvios, los impactos desiguales relativos al género pueden ser más sutiles, especialmente cuando la mayoría de las investigaciones toman los hogares como base de sus estudios. Las mujeres, debido a su rol de administradoras del hogar, tenían grandes desventajas para recuperarse de la inundación (Khondker 1996). Debido a la falta de poder y de propiedad en sus trabajos, así como las restricciones educativas, falta de movilidad ocupacional y las desventajas económicas, las mujeres sufren peores consecuencias en sequías y hambrunas (Schroeder 1987; Bidinger et al. 1991; Gray 1993; Hamaundu 1993). Sin embargo, cuando los hombres se van durante una sequía, las mujeres, a pesar del hambre y la enfermedad, son fuertes, determinadas, y se cuidan unas a otras (Hamaundu 1993).

Reconstrucción

Reconstrucción, la etapa final en el ciclo del desastre, es un periodo que normalmente se pasa por alto, a pesar de que el evento puede sentirse por años. Esta sección final examina la relevancia del género durante la reconstrucción. La literatura señala que las mujeres pobres viven los momentos más difíciles al regresar a sus vidas normales, y las mujeres con negocios propios tienen mayores dificultades para obtener préstamos que sus contrapartes masculinas.

Aquellos miembros de la sociedad que se encontraban en malas condiciones de vida antes del desastre tienen menor resiliencia después del mismo (Orr 1994). Las mujeres, especialmente las de bajos ingresos, normalmente se empobrecen más en la etapa de reconstrucción. Los pobres, cuya mayoría son mujeres, tienen menor cobertura de seguros, menos ahorros, y por tanto menor capacidad de una completa recuperación a corto plazo (Bolin y Bolton 1986). Después de la inundación en Bretaña, por ejemplo, Fordham y Katteridge (Capítulo 6 de este volumen) encontraron que las mujeres trabajadoras y de clase media baja, de por sí ya estresadas por la pobreza, vieron incrementarse la carga después el desastre debido a su bajo estatus económico y social, a sus responsabilidades en el hogar y en el cuidado de sus niños, y por sus trabajos fuera de casa mal pagados. Dos años después del huracán Andrew, las familias que seguían necesitando casa eran las que se encontraban en mayor pobreza –la mayoría mujeres pertenecientes a grupos minoritarios (Morrow y Enarson 1996). Las víctimas de altos ingresos son más propensas que las de

bajos ingresos a buscar y recibir programas federales de ayuda durante la reconstrucción, debido a que tiene mayor acceso a los centros de ayuda y están más al tanto sobre su elegibilidad para recibir ayuda (Bolin 1982). En términos de roles de género, no hubo impactos duraderos sobre los patrones de diferenciación de roles en víctimas familiares después del tornado de Kansas (Drabek y Key 1984).

Las mujeres que son dueñas de sus propios negocios también enfrentan obstáculos durante la reconstrucción. Nigg y Tierney (1990) establecen que los negocios encabezados por mujeres son menos propensos a recibir préstamos por desastre por parte de la Small Business Administration (SBA) que los encabezados por hombres. Los autores escriben que muchos de estos negocios encabezados por mujeres son relativamente nuevos, y por lo tanto no tienen un registro que pruebe que pueden pagar el préstamo.

La reconstrucción es difícil para las mujeres en los países en desarrollo. Khondker (1996) encuentra que mientras el impacto inmediato de la inundación en Bangladesh no tuvo diferencias de género, las mujeres se vieron afectadas de manera más adversa a largo plazo. La pérdida de su ganado, que es una parte importante de los recursos del hogar bajo el control de las mujeres, tiene un impacto directo en el bienestar económico de las mujeres. Las mujeres en Bhopal, India, lucharon contra los efectos que se presentaron a largo plazo en 1984, por el escape de gas venenoso de la Union Carbide, debido a que enfrentaron esterilidad, aislamiento, y problemas con sus esposos (Kapoor 1992). Sin embargo, Hamaundu (1993) detecta que debido a la migración de hombres en la áreas de sequía de Zambia, hubo un rompimiento en las estructuras sociales tradicionales dominadas por hombres, y las mujeres adquirieron roles más poderosos y de toma de decisiones.

Conclusiones

Los resultados de esta reseña, sugieren que el género es significativo y explicativo en las nueve etapas de un desastre. La mayoría de los resultados han sido presentados como “diferencias” de género. La diferenciación de género, conceptualmente, no implica inequidad, debido a que “diferente” no significa “desigual”. No obstante, la teoría feminista documenta la manera como la estratificación de género y la diferenciación de género son a menudo casi idénticos empíricamente, puesto que todo lo “femenino” se ha devaluado (Cafetz 1990). Los patrones revelados en esta reseña son patrones de inequidad, no sólo de diferencia. Los datos de desastre aquí presentados avanzan la noción de que el bajo estatus de las mujeres y su falta de poder económico en los llamados tiempos “normales” tienen serias ramificaciones en situaciones de desastre. Los estudios ilustran la posición de subordinación de las mujeres de muchas formas, como la falta de poder en la toma de decisiones al momento de la evacuación, el descrédito que les hacen los funcionarios al llamarlas “histéricas”, el negarles posiciones de liderazgo a las mujeres para el manejo de emergencias, la sujeción a la violencia doméstica, y la devaluación del trabajo de las mujeres en procesos de desastre. Tanto los periodos de desastre como los que no lo son, son un tiempo y un espacio donde las inequidades de género se mantienen y reproducen.

De cualquier forma, hay una razón para ser precavidos en esbozar conclusiones más específicas a partir de la reseña, ya que algunos de los datos son problemáticos en muchos aspectos. Como lo mencioné anteriormente, muchos de los estudios incluyen al género

como una variable demográfica estándar, que se incluye de rutina, sin darle un lugar a las mujeres en el centro de la investigación o haciendo algún análisis de género. Además, muchos de los estudios cuantitativos no proveen detalles sobre los resultados estadísticos, mientras que otros alcanzan significado estadístico únicamente por el gran tamaño de la muestra. Algunos sociólogos incluso han desafiado la idea de que los hombres y las mujeres son diferentes en el aspecto individual, arguyendo que las diferencias de género sin consecuencias son exageradas, y que algunos métodos estadísticos pueden llegar a hacer más grandes las diferencias (Hyde 1990; Nielsen 1990). En general, muchos sociólogos argumentan que la investigación cuantitativa es problemática debido a que es incapaz de examinar la complejidad de los procesos sociales, y que aísla la experiencia de las personas del contexto de sus vidas. Otra de las limitaciones con los datos es el posible sesgo de género de los investigadores anteriores. Muchos estudiosos de desastres han encontrado que la investigación sobre desastres, tanto en la documentación de los eventos como en la manera en que son medidas las actividades, ha estado predispuesta por una perspectiva masculina y esto ha podido comprometer algunos resultados (Cutre et al. 1992; Scanlon y Osborne 1994; Scanlon 1997).

Pese a las limitaciones de los datos, la reseña nos ayuda a entender qué tipo de investigación se ha conducido, cuáles fueron los resultados, y a dónde debemos encaminarnos a partir de aquí. Quarantelli (1994b) dice que la investigación sobre desastres tiene debilidades teóricas, empíricas y metodológicas, que deben ser tomadas en cuenta por los futuros investigadores. Los hallazgos presentados aquí aportan muchas direcciones para futuras investigaciones, muchas de las cuales concuerdan con las sugerencias de Quarantelli. En términos de problemas empíricos, hay muchas áreas de temas sustantivos que merecen mayor atención por parte de los investigadores de desastres. Quarantelli señala que el género es una de estas áreas. Sugiero mayor investigación sobre las experiencias de las mujeres en los procesos de desastre, mayor examen de las relaciones entre raza, clase y género, y específicamente mayor investigación en los aspectos de la salud física de las mujeres, incluyendo el abuso doméstico así como otros tipos de violencia contra las mujeres, en un desastre. Considerando los métodos de investigación, Quarantelli dice que necesitamos alejarnos del método comúnmente usado de la encuesta, y probar con técnicas “menos ortodoxas”. Sugiero una investigación cualitativa más profunda, para tener una mejor comprensión de la experiencia vivida por las mujeres en los desastres en el contexto de su situación específica. Es importante que escuchemos los relatos de las mujeres desde su propia perspectiva si queremos entender por completo su experiencia. Al respecto de la teoría, Quarantelli apunta que los estudiosos de los desastres han utilizado pocas orientaciones teóricas, empleando frecuentemente un interaccionismo simbólico, en donde pueden ser más aplicables las teorías sociológicas. Recomiendo que los estudiosos de los desastres utilicen más la teoría feminista, ya que ésta provee las herramientas para entender las relaciones entre la experiencia vivida de las mujeres y las estructuras de inequidad social. La teoría feminista también provee un marco teórico en el que se explora cómo la experiencia de las mujeres está influida por su raza, etnia y clase social, así como su edad y su sexualidad. Finalmente, esta reseña sugiere que la introducción de las voces de las mujeres también llevará a muchos cambios importantes en las políticas de los desastres, así como a cambios organizacionales que puedan mejorar la efectividad de la preparación de un desastre y programas de recuperación en comunidades.

NOTA

Este trabajo está apoyado en parte por la National Science Foundation Grant Number CMS-9312647, a la que le expreso mi reconocimiento. La autora desea agradecer a Sharon Erikson Nepstand, Joanna Gregson, Joyce Nielsen, Eve Passerini y Suzanne Leahy por sus comentarios.